

la dirección apuntada. Toda una categoría de señales se caracteriza por el hecho de que el significado literal de las palabras de Castel dificulta su propósito de comprensión y simpatía, en vez de facilitarlos. Así, por ejemplo, todos aquellos rasgos de su personalidad que revelan el desarreglo de sus facultades psíquicas: de algunas características personales Castel no tiene conciencia; de otras está perfectamente al tanto y o bien intenta inútilmente deshacerse de ellas o, sencillamente, se confiesa impotente para vencerlas. A este último grupo de rasgos conocidos, pero confesadamente insuperables, pertenece este tipo de afirmación:

La experiencia me ha demostrado que lo que a mí me parece claro y evidente casi nunca lo es para el resto de mis semejantes. Estoy tan quemado que ahora vacilo mil veces antes de ponerme a justificar o a explicar una actitud mía y, casi siempre, termino por encerrarme en mí mismo y no abrir la boca. Esa ha sido justamente la causa de que no me haya decidido hasta hoy a hacer el relato de mi crimen (17).

Esta advertencia pone en guardia al lector contra futuras afirmaciones del narrador que, de otro modo, hubiera aceptado sin duda alguna. Del mismo tipo es esta otra observación:

«¿Por qué—se podrá preguntar alguien—apenas una débil esperanza [de que alguna persona llegue a entenderme] si el manuscrito ha de ser leído por tantas personas?» Este es el género de preguntas que considero inútiles. Y no obstante hay que preverlas, porque la gente hace constantemente preguntas inútiles, preguntas que el análisis revela innecesarias. Puedo hablar hasta el cansancio y a gritos delante de una asamblea de cien mil rusos: nadie me entendería. ¿Se dan cuenta de lo que quiero decir? (13).

Naturalmente, los lectores son, por analogía, los rusos que no entienden el lenguaje de Castel; y, por referencia directa, los que hacen ese género de preguntas sensatas que él considera inútiles.

En cuanto a las características negativas de su personalidad, de las que el narrador no tiene conciencia, basten como botón de muestra los casos de inconsecuencia en la conducta de Castel—tanto la narrativa como la actora—, que debilitan la confianza y la simpatía del lector. Así: «Yo me pregunto por qué la realidad ha de ser simple» (59), dirá en una ocasión; sin embargo de lo cual, cuando María se resiste a contestar a su pregunta: «¿Te acostás con él [Allende]?» (83), él la apremia:

—Es muy sencillo: tenés que decir *sí* o *no*.

—La respuesta no es tan simple: se puede hacer y no hacer.

—Muy bien—concluí fríamente—. Eso quiere decir que *sí* (84).

Basta con estos tres ejemplos para comprender que si Castel tiene frecuentemente ideas diferentes al resto de sus semejantes; si considera al lector como a un ruso a quien se le hablara en español, y si no hay consecuencia previsible entre sus opiniones y sus acciones, difícilmente puede el lector tener confianza en sus explicaciones.

Además del valor que tienen estas inferencias para aumentar la distancia inicial que separa al protagonista del lector, el autor «interviene» también a espaldas de su narrador, haciéndole que apostille su propio discurso con observaciones que lo desvalorizan: «Trataré de relatar todo imparcialmente—dice—, porque... no tengo la necia pretensión de ser perfecto» (14). Ese «trataré» seguido del inmediatamente sospechoso «imparcialmente» insinúa el carácter de intento fallido de la narración. En otra ocasión observa: «Me he apartado de mi camino. Pero es por mi maldita costumbre de querer justificar cada uno de mis actos» (22). Si Castel tuviera entera libertad para presentarnos un relato convincente, al darse cuenta de que se ha apartado de su camino, hubiera borrado de su manuscrito tal afirmación, sin permitir su lectura. Claro está que quien nos permite leerla es el autor, no el narrador.

Añádanse a lo anterior las ocasiones en que el recuerdo del narrador es implícita o explícitamente incompleto. Así, cuando Castel recuerda «preferentemente los hechos malos» del pasado (9); o cuando dice: «Lo curioso es que no recuerdo los hechos intermedios» (90); y también: «A pesar de que mi memoria es sorprendente, tengo, de pronto, lagunas inexplicables» (46); tipo de observación que culmina en el momento crucial en que se ve forzado a confesar:

Los días que precedieron a la muerte de María fueron los más atroces de mi vida. Me es imposible hacer un relato preciso de todo lo que sentí, pensé y ejecuté, pues si bien recuerdo con increíble minuciosidad muchos de los acontecimientos, hay horas y hasta días enteros que se me aparecen como en sueños borrosos y deformes (120).

Para el propósito de Castel de ganarse la confianza del lector lo peligroso es que éste no sepa nunca cuáles son los momentos que el protagonista recuerda con minuciosidad y cuáles nada más que «como en sueños borrosos y deformes».

A los antedichos indicios de la presencia y la intención del autor en la narración de Castel hay que añadir los resultantes del contraste entre la actitud del protagonista y la de los demás personajes, que son claras alternativas suyas. No todos ellos se oponen a él según el mismo criterio: mientras que el marido, Allende, lo hace desde el punto de vista espiritual, el primo Hunter provee un contraste intelectual, y María, en cambio, brinda al lector la alternativa emocional.

Allende está dotado de una ceguera—porque no parece indicado decir que está privado de vista—que le permite la clarividencia espiritual de que carece Castel. ¿Quién no sabe de la teoría de Ernesto Sábato acerca de los ocultos poderes de los ciegos? No es el hecho de que sea Castel un pintor, y como tal eminentemente dotado de vista, el que determina la opuesta ceguera de Allende; sino la—para Sábato—obligada ceguera del marido, la que determina la excelencia de la vista de Castel. De haber creído Sábato que, por ejemplo, son los sordos quienes detentan poderes espirituales sobrenaturales, sin duda habría hecho que su protagonista fuera músico. (Desde luego, artista, para que pueda sentir su ansia de comunicación en forma distinta de la verbal; para que la palabra le resulte siempre ajena y reacia. Artista también porque para Sábato el artista es siempre «El Único, por excelencia»⁴, el loco que nunca se adapta). En cualquier caso, era imperativa una oposición física que reflejara la oposición espiritual de ambos hombres.

La serenidad de Allende está en contraste evidente con la insatisfacción del narrador. La confianza y la superioridad de aquél respecto a María—de quien Allende es capaz de observar que sus aparentes urgencias no son más que consecuencia de una impulsividad sin trascendencia—quedan también contrapuestas a la desconfianza y el sentimiento de inferioridad que ante ella experimenta Castel: éste duda de la sinceridad de todas las acciones de María y, sobre todo, les da una importancia desorbitada.

El momento de confrontación crítica de ambos hombres tiene lugar cuando Castel irrumpe en casa de Allende después de haber matado a María. Se ve entonces llamado «imbécil» e «insensato». Imbécil, porque cree revelar a Allende algo de fundamental importancia al afirmar que María era la amante de Hunter. El expletivo indica al lector o bien que el marido estaba ya al tanto de la conducta de su mujer, en cuyo caso el descubrimiento de Castel es impertinente y necio; o bien que tal afirmación es falsa de toda evidencia y que Castel se ha equivocado una vez más. En cualquier caso, la actitud de Allende indica la poca importancia que para él tiene la infidelidad de María, ya sea ésta cierta, ya solamente posible: su relación con ella estaba por encima de estas minucias.

Castel es llamado insensato, en cambio, cuando da a entender que acaba de matar a María. Allende no le tacha de asesino, ni siquiera de desalmado, sino de loco, porque, según él—y según el autor que por su boca habla; y, tras él, según el lector—, sólo a un loco (a alguien cuya locura consista justamente en un inhumano exceso de raciocinio) se le

⁴ ERNESTO SÁBATO: *Hombres y engranajes: reflexiones sobre el dinero, la razón y el derrumbe de nuestro tiempo* (Buenos Aires, 1951), pág. 107.